

Nuevos actores y actrices humanitarios en un mundo en crisis

Miguel Urbán y Gonzalo Donaire

Migrar una condición humana

Migrar es una actividad tan intrínsecamente humana que quienes la cuestionan no solo niegan lo que es, o debería ser, un Derecho Humano, sino que están directamente negando parte de nuestra propia condición humana. Con la aceleración del proceso de globalización, esta naturaleza universal e histórica ha cobrado aún más actualidad y trascendencia. No por nada, el sociólogo francés Yvon Le Bot caracterizó al migrante transnacional como uno de los sujetos por antonomasia de la Modernidad tardía. Otros autores, como Sandro Mezzadra, nos invitan a abordar la migración como un “movimiento social”, en el sentido literal del término: priorizando en nuestra mirada las prácticas subjetivas, los deseos, las expectativas y los comportamientos de quienes practican ese movimiento, concibiendo así la migración desde su “autonomía” y no como una mera reacción automática a problemas económicos y sociales.

Tema recurrente en la agenda política, social y mediática europea y española desde hace tiempo, desde finales de 2015 el fenómeno migratorio ha vuelto a colocarse en el centro de atención a raíz de la conocida como “crisis de los refugiados”. Al igual que ocurriera con la actual recesión económica, pareciera como si las crisis solo existiesen cuando afectan a Occidente y sus particularidades fuesen universalizables al resto del planeta. Así, la imagen del migrante procedente de algún país del Sur que intenta llegar a Europa a través de vías irregulares se erige como la quintaesencia de esta realidad global. Sin embargo, resulta falaz a escala planetaria. El 60% de las migraciones mundiales se producen entre países empobrecidos o entre países enriquecidos¹, pero solo un tercio tienen lugar en sentido “Sur-Norte”². Por otro lado,

¹ Y el Estado español es buen ejemplo de ello, con unas tasas de emigración cada vez mayores, ya sea por la salida (o regreso a sus países de origen) de quienes hace años inmigraron buscando un futuro que hoy ya no encuentran, como por el número creciente de personas con nacionalidad española, especialmente jóvenes, que deciden buscar en otros países las oportunidades laborales que el mercado de trabajo español cada vez más precarizado ya no les ofrece. Una realidad que, por cierto, las cifras oficiales sobre españoles emigrados subestiman notablemente, como se viene denunciando reiteradamente desde Marea Grande.

² Aunque sigue vigente en el debate público, la ya clásica división político-geográfica del mundo entre Norte y Sur, como si de bloques cerrados y homogéneos se tratase, resulta cada vez más obsoleta y poco útil para interpretar las relaciones internacionales y la composición del actual sistema-mundo. Sería más correcto, como defienden cada vez más autores, hablar de un *efecto archipiélago* en el que se multiplican las islas de pobreza en lo que antes conocíamos como Norte y aumentan los islotes de riqueza en el Sur. Un Sur que es global y no entiende de latitudes, y un Norte difuso en el que cabría incluir a actores apátridas y élites transnacionales, así como a potencias emergentes, sin olvidar las cada vez más importantes cooperaciones y conflictos Sur-Sur que impugnan una visión del mundo heredada de la Guerra Fría.

se estima que solo entre el 15% y el 20% de todos los migrantes del mundo residen en situación irregular en sus respectivos países de acogida. Así pues, a nivel mundial las y los migrantes procedentes de países del Sur que acceden y residen de forma irregular en países del Norte representan una minoría. Sin embargo, la imagen sigue funcionando como caricatura generalista interesada.

Las migraciones pueden darse dentro de un mismo país o entre varios, venir motivadas por causas muy diversas, realizarse a través de canales más o menos regulados durante el recorrido y desembocar en situaciones administrativas muy diferentes en el país de destino. Pero ninguna de estas categorías funciona por sí sola para explicar el fenómeno migratorio. Es necesario cruzarlas y combinarlas³. Y es en esas intersecciones donde arrancan batallas profundamente políticas disfrazadas de discusiones semánticas.

Hay una batalla política de fondo cuando se sustituyen las categorías regular/irregular por el binomio legal/ilegal para referirse a la naturaleza administrativa de los canales de la emigración o de la situación de residencia de las personas migrantes. Una confusión lingüística interesada y funcional a un ejercicio de estigmatización e incluso de criminalización. No necesitamos (aunque bienvenida sea) una Declaración Universal de Derechos Humanos para saber y gritar que ningún ser humano es ilegal independientemente de los permisos que posea. Tampoco debería hacer falta una normativa internacional, ratificada por la mayoría de países del mundo, para dejarnos claro que migrar nunca puede ser considerado un acto ilegal. Y, sin embargo, la actualidad nos demuestra que no solo eran necesarias, sino que resultan insuficientes. O, al menos, estériles frente a derivas, como la que vive hoy Europa, donde no solo se criminaliza a las y los migrantes, sino en donde además asistimos a reformas legislativas que penalizan económicamente y penitenciarmente la inmigración no regulada.

También es política la batalla que arranca cuando las migraciones forzadas atraviesan las fronteras del país de origen y se abre la discusión sobre las posibilidades de solicitar asilo político en otro Estado. ¿Qué se entiende común y legalmente por emigración “forzada”? ¿Cabén todas las razones de “fuerza” mayor que llevan a muchas personas a emigrar en esta definición? ¿Y cómo de voluntaria es la “voluntariedad” del resto de migraciones que no encajan en la anterior definición? ¿Son voluntarias todas las migraciones conocidas como “económicas”?

Una crisis de refugio

Pero si hoy el fenómeno migratorio vuelve a estar en el centro de la agenda y del debate es, sin duda, por la mal conocida como crisis de las y los refugiados que viven las

³ Este glosario elaborado por la Organización Internacional de las Migraciones recorre otros conceptos clave ligados a los fenómenos migratorios: www.iom.int/es/los-terminos-clave-de-migracion

fronteras europeas desde 2015 y que, en realidad, es una crisis del sistema de fronteras europeas. Una crisis que desde las tribunas mediáticas, políticas e institucionales hegemónicas se presenta aislada y, más concretamente, como una crisis humanitaria exclusivamente. Este enfoque no es solamente insuficiente, sino que resulta hipócrita y peligroso dado que esconde las causas y oculta el contexto más amplio en el que se enmarca. Y, precisamente por ello, condiciona las respuestas y los dispositivos que se despliegan para confrontarla.

Concebir la actual crisis de refugiados como un fenómeno meteorológico sin causa o como una mera avalancha de personas surgidas repentinamente de la nada solo deja dos respuestas posibles: la contención o la ayuda de emergencia. Esto es, repelerlas rápidamente o asistirles de urgencia. En el primer caso las personas son concebidas como meros objetos peligrosos. En el segundo, como víctimas. Pero ambas concepciones son complementarias y comparten una misma condición: por un lado, las y los refugiados conforman una patata caliente que conviene quitarse de encima cuanto antes y, por otro, se les niega su condición de sujetos con derechos, con un pasado, una historia que han dejado atrás, un proyecto de futuro, unas aspiraciones o unas reivindicaciones. Porque a los objetos necesitados se les atiende y a los objetos peligrosos se les repele y, llegados el caso, se les distribuye entre países en cuotas cuales mercancías o cajas que trasladar desde un almacén abarrotado. Pero en ningún caso se les escucha, pues su voz no cuenta. De hecho, ni siquiera se plantea que puedan tener una.

De ahí la necesidad de concebir la actual crisis de refugiados no únicamente como una crisis humanitaria, sino también y sobre todo como una crisis de derechos y, por lo tanto, como una crisis política. Una crisis que, además, se enmarca en otras crisis más amplias que conforman un mundo y un sistema en crisis. Evidentemente, la crisis financiera, la crisis climática, la crisis de los cuidados y esta crisis de refugiados, entre muchas otras que podríamos enumerar, cuentan con especificidades propias. Pero también comparten elementos comunes y, sobre todo, intersecciones sistémicas. Interpretarlas y abordarlas como realidades estancas y aisladas solo lleva a las desastrosas respuestas que ya conocemos. Más concretamente, conviene situar la actual crisis de refugiados dentro de lo que autores como Itziar Ruiz-Giménez llaman una “triple crisis de Derechos Humanos”, compuesta por los siguientes ejes:

- **Violaciones de Derechos Humanos en los países de origen.** Una lista lamentablemente extensa. Conflictos donde cabría preguntarse la responsabilidad o mera connivencia de las potencias extranjeras, ya sean EEUU, la UE, Rusia, China o los países del Golfo Pérsico.

- **Crisis del sistema de asilo.** Durante varias décadas, Europa fue tierra de asilo, pero, desde la década de 1980, cuando las necesidades antes citadas se redujeron drásticamente, el sistema entró en crisis y las trabas llegaron incluso a la mera posibilidad de acceder al territorio europeo para solicitar refugio.

- **Crisis de las políticas migratorias.** La sufren los potenciales solicitantes de asilo, como migrantes específicos que son, pero también el resto de personas que migran. Son las políticas de militarización y externalización de las fronteras que

conforman la Europa Fortaleza y acuerdos bilaterales con países fronterizos para que ejerzan de gendarmes y como *espacios de no-derecho* lejos de las miradas de las cámaras y de la jurisprudencia de los acuerdos internacionales de respeto de los Derechos Humanos firmados por los países europeos. Pero también todas aquellas políticas destinadas a convertir a las y los migrantes en situación irregular en ciudadanos de segunda categoría, fragilizando no solo sus derechos, sino el mismo derecho a tener derechos, esto es su capacidad de reivindicarlos.

Ahora bien, más allá de donde se produzcan, estas violaciones de los Derechos Humanos y las diferentes motivaciones para emigrar y buscar refugio también tienen rostros específicos y colectivos especialmente vulnerables que requieren enfoques concretos. Esto es especialmente relevante en el caso de las mujeres y niñas. La violencia y discriminaciones derivadas de esta feminización de la pobreza, sumada a la violación de sus derechos sexuales y reproductivos o a las agresiones que sufren por todo el mundo, son factores determinantes en la emigración, huida y búsqueda de refugio en otros lugares por parte de las mujeres y niñas. Según el derecho internacional de asilo, la discriminación o el trato menos favorable pueden llegar a suponer formas explícitas de persecución que requerirían de protección internacional. Hablamos de persecución por motivos de género cuando estas violaciones de los Derechos Humanos están relacionadas con el papel que se le asigna a una persona debido a su identidad de género (mujer, hombre, *trans* u otras) o a sus preferencias sexuales.

A pesar de ello, la discriminación y la violencia hacia las mujeres está prácticamente ausente de las legislaciones de asilo europeas. Pero más allá de las declaraciones legales, la realidad práctica de la Europa Fortaleza tiene consecuencias específicas para las mujeres. La incapacidad para miles de personas de poder acceder a Europa a través de circuitos legales “invita” a recurrir a rutas irregulares más peligrosas, controladas por redes de traficantes de personas y donde las agresiones y la explotación sexual son moneda corriente. Cerrando la puerta a quienes huyen de ciertas violaciones de Derechos Humanos o a quienes llegan buscando un futuro mejor, se les condena a utilizar otras puertas que suelen dar pie a nuevas violaciones de derechos fundamentales. Un círculo vicioso que las mujeres y las niñas sufren en primera instancia y en mayor medida.

Las crecientes migraciones transnacionales en general, y en concreto la actual crisis de refugio, son otro fenómeno global que, al igual que ocurre con la crisis financiera o la climática, visibiliza de forma aún más palpable la insuficiencia evidente de los actuales mecanismos de gobernanza global, cuando no su mera ausencia. ACNUR, la Agencia de Naciones Unidas para las y los refugiados, no es una organización supranacional (“ni tiene intenciones de serlo”, como suelen insistir desde el propio organismo), sino que se limita a dar seguimiento al cumplimiento por parte de los Estados de las obligaciones y compromisos que estos mismos han adoptado. La Organización Internacional de las Migraciones (OIM) no pasó a formar parte del sistema de Naciones Unidas hasta finales de 2016. Y la propia UE lleva dos años dando la enésima muestra de su incapacidad para imponer una agenda propia supranacional más allá de la suma de sus distintos Estados miembros.

La crisis de gobernanza en torno a los movimientos migratorios y a la crisis de refugio no es más que el reflejo de un problema y de una carencia mayor: la crisis estructural de gobernanza de un mundo cada vez más globalizado. Dicho en otras palabras, la palpable inadecuación de mecanismos supranacionales (o al menos transnacionales) para lidiar con problemáticas que desbordan las fronteras tradicionales de los Estados-nación. Hace décadas que los problemas, los desafíos y las oportunidades se internacionalizan, pero no así su gobierno. Y cuando sí se avanza hacia mecanismos de gestión coordinada, los resultados están lejos de cumplir un mínimo de requisitos democráticos o de responder a principios de soberanía popular y a intereses sociales más allá de las habituales minorías privilegiadas.

Como ya ocurriese con la crisis financiera o con la victoria de Syriza en Grecia, la llegada de miles de personas solicitando asilo a las puertas de Europa ha mostrado las costuras del proyecto europeo. Se rescatan a los bancos y se rescata el sistema de fronteras de Schengen de unas crisis de las que son corresponsables, pero no a las personas que sufren sus consecuencias. Lo que tendría que haber sido “solo” un importante desafío humanitario y logístico se ha convertido en una crisis política de primera magnitud. La descoordinación y el bloqueo institucionales de la UE y los bandazos entre sus diferentes propuestas y las impulsadas unilateralmente por cada uno de los 28 Estados Miembro han sacado a la luz la ausencia de consensos en torno al funcionamiento de la UE.

Este vacío de gobernanza ha sido ocupado por propuestas y prácticas xenófobas por parte de algunos gobiernos y grupos sociales. Pero Europa también ha visto durante estos años levantarse esporádicos y heterogéneos movimientos y muestras de solidaridad con las personas que llegaban buscando refugio que han superado las experiencias previas de los movimientos anti-racistas o de papeles para todos/as, y que han demostrado que hay mimbres para construir otra Europa basada en la justicia y en los derechos universales.

Nuevos actores humanitarios

De esta forma, a lo largo de las rutas migratorias que atraviesan Europa han ido surgiendo y conformándose nuevos actores y actrices humanitarias. De los socorristas españoles de Lesbos a las y los habitantes de las ciudades de Budapest, Múnich o Viena que han confluído en las estaciones de tren con agua y alimentos. Se trata en la mayoría de los casos de personas sin un activismo previo, que han convertido sus acciones humanitarias en verdaderos actos políticos de desobediencia a esta Europa de la austeridad y la xenofobia⁴. Y todo esto en un contexto en el que el mensaje dominante

⁴ “Se esbozan dos perfiles en la acción ciudadana de ayuda a los refugiados. Uno tiene que ver con la acción directa, es decir, la ayuda directa, práctica y concreta, a los refugiados a través del salvamento marítimo, la distribución de ropa, alimentos, etc. ahí donde se encuentran los refugiados. Después está lo que podemos llamar acción indirecta, que consiste sobre todo en

no ha sido precisamente el de “Refugees welcome”, sino aquel crudo, claro y directo “Do not come to Europe” lanzado por el presidente del Consejo Europeo Donald Tusk y ratificado posteriormente con el acuerdo de la vergüenza entre la UE y Turquía.

En el pasado reciente, la mayoría de las y los activistas que intervenían en el campo migratorio solían ser personas militantes, muy politizadas y/o miembros de alguna organización no gubernamental vinculada a la defensa de los Derechos Humanos o directamente a la acogida migratoria. En cambio, desde 2015 hemos visto cómo la mayoría de quienes ofrecían un apoyo concreto a las y los solicitantes de asilo a lo largo y ancho de Europa eran ciudadanos sin militancias previas, afectados por la imagen de desamparo de las condiciones de vida de esas personas y por las injusticias de las que eran víctimas ante la ausencia de la ayuda humanitaria por parte de los Estados europeos. En este sentido, se han creado infinidad de colectivos sociales totalmente nuevos al calor de esta crisis, en claro contraste con las políticas xenófobas de cierre de fronteras que han impulsado los diferentes gobiernos europeos, y donde las y los activistas sociales con experiencias previas eran una minoría.

Unos “nuevos activistas” donde podríamos diferenciar dos grandes grupos: aquellas personas a las que les llega el conflicto humanitario a sus casas y aquellas otras que dejan sus casas para ir a prestar ayuda allí donde se desarrolla el conflicto humanitario. Las primeras abarcarían las reacciones de “urgencia humanitaria” de carácter más espontáneo en los primeros momentos, desde el barrio de Moabit en Berlín pasando por el campamento de refugiados en el centro de Bruselas o las estaciones de tren en Budapest, hasta las fronteras de los Balcanes o las costas de Lesbos. Mientras que el segundo grupo incluye y conlleva un grado de compromiso y organización “mayores”, dado que implica desplazamientos a zonas de conflicto humanitario. Ambos tipos de activistas han convivido entre ellos al igual que con el resto de activistas y organizaciones humanitarias tradicionales. Ahí tenemos ejemplos como el de la “cocina belga” que empezó como una iniciativa autogestionada de las y los vecinos de Bruselas para dar cobertura al campamento improvisado de refugiados del centro de la ciudad pero que, cuando este último se desmanteló, la iniciativa se trasladó y siguió su actividad en *la Jungla* de Calais.

Las iniciativas ciudadanas espontáneas nacen y beben de la inacción, cuando no la manifiesta hostilidad, de los Estados europeos ante la llegada de miles de refugiados a sus ciudades o pueblos, como en la estación de Keleti en Budapest, en Belgrado o en Lesbos. Iniciativas abiertas a todas aquellas personas que desearan ayudar, al margen de todo control estatal e, incluso, en la mayoría de los casos también del control o amparo de las ONG clásicas. Cada iniciativa ha aprendido a organizarse hasta llegar a ser, en muchos casos, más eficaz incluso que los propios actores humanitarios tradicionales, gracias en parte a que no tenían que esperar un “mandato” o financiación para ese “proyecto”, lo que aumentaba su agilidad. Sin esas iniciativas de solidaridad, Europa se

la difusión de informaciones, tanto políticas como prácticas”. Bach, A. y Francart, E. en *Viento Sur* 145

hubiera enfrentado a una crisis humanitaria aún mayor y, a las muertes en el mar, habría que haberles sumado muchas más a lo largo de la ruta continental.

Activistas de frontera

Las fronteras de la llamada *ruta de los Balcanes*, que va desde Lesbos (Grecia) hasta Berkosovo (Serbia), fueron durante 2015 puntos neurálgicos de la acción humanitaria por parte de estas personas activistas. Los campamentos improvisados de frontera se convirtieron en eslabones indispensables para las y los refugiados en su trayecto hacia Centroeuropa. En un primer momento, fueron los propios vecinos quienes prestaron su ayuda a quienes que pasaban por delante de sus casas. Vecinos que, como ellos mismos relataban, “ninguno teníamos mucha experiencia en voluntariado o en activismo. Nos volvimos activistas porque sentíamos vergüenza”⁵.

A medida que fueron aumentando las llegadas y la información al respecto, empezaron a trasladarse activistas a las propias fronteras desde diferentes países europeos. Especialmente a raíz del cierre de la frontera húngara y el desplazamiento de las rutas migratorias, Lesbos y Berkosovo se convirtieron en los principales centros de llegada de activistas. Lesbos era la puerta de entrada a Europa para las y los refugiados en 2015, lo que la convirtió en un gran campamento al aire libre donde empezaron a convivir y cooperar los habitantes de la isla con un torrente de activistas llegados de fuera. Aquello dio lugar a numerosos proyectos autogestionados y auto-organizados de rescate, atención y apoyo a solicitantes de asilo que, en muchos casos, terminaron cristalizando desde en nuevas pequeñas asociaciones de barrio para vehicular apoyos concretos hasta en la creación de nuevas ONGs con proyección internacional. Valgan tres ejemplos concretos entre los múltiples existentes:

- **Ayuda puntual y concreta.** Refugee Care nace como múltiples proyectos a lo largo de la frontera: de la experiencia del viaje previo de activistas al terreno que deciden, una vez de regreso o incluso durante el mismo viaje, auto-organizarse para continuar su labor y optimizar el apoyo a las y los refugiados en cuestiones concretas de asistencia que han podido comprobar a través su experiencia *in situ*. El proyecto surgió después de que dos periodistas de *Tele K* fueran a cubrir la llegada de refugiados a Europa en verano de 2015 y comprobaran los deficientes medios de atención. A la vuelta decidieron organizarse con otros activistas de Madrid y Pamplona, para lo que crearon una asociación para coordinar la recepción de fondos y el traslado de activistas a la isla (“Comando Lesbos”). Su trabajo se centró en atender la llegada de las personas migrantes a la costa, proporcionándoles ropa seca, comida, mantas térmicas o trasladar a familias en coche a los campos de refugiados. La mayoría de estas asociaciones perdieron su

⁵ <https://www.vice.com/es/article/783d8z/activistas-campo-idomeni-refugiados-grecia-testimonios>

razón de ser con el acuerdo de la vergüenza UE-Turquía y la reducción drástica de las llegadas a las costas griegas a partir de abril de 2016. Es fundamental señalar que, además de la ayuda puntual, estos activistas, colectivos o asociaciones han jugado un papel fundamental en la denuncia y concienciación de la sociedad civil ante la llega de migrantes a Lesbos, siendo las redes sociales su principal arma de comunicación.

- **Proyectos permanentes de colaboración entre activistas locales y foráneos.** Estas iniciativas son menos numerosas y suponen un grado de organización mucho mayor, ya que no solo evolucionan de la ayuda humanitaria más puntual y reactiva hacia un proyecto permanente, sino que también derivan en proyectos conjuntos o colaborativos entre redes de activistas locales (por ejemplo, las de Lesbos o resto de Grecia) y organizaciones o redes de activistas europeos. Surgidos especialmente tras el cierre de la ruta turco-griega, el descenso de las llegadas y la tierra de nadie en la que se quedan muchos migrantes en lugares como Lesbos. Un buen ejemplo es Mosaik, un centro de apoyo para migrantes y población local nacido para suplir el vacío que quedaba una vez superada la fase de intervención más inmediata. En Mosaik, más de 630 personas con edades comprendidas entre los 4 y los 89 años, y procedentes de 20 países diferentes, han encontrado asesoramiento jurídico en procedimientos de asilo, clases de inglés, griego, árabe y farsi o de formación artística. Mosaik es un proyecto mixto impulsado por *Lesvos Solidarity* y *Borderline-Europe*. *Lesvos Solidarity* es un grupo activista local que dirige un campo abierto para refugiados en el sitio de Ex-PIKPA en Mytilini. Por su parte, *Borderline-Europe* es una organización alemana de Derechos Humanos que monitorea la situación de refugiados en las fronteras exteriores europeas y que, en 2015, envió una representación a Lesbos para responder a la crisis humanitaria, practicando atención primaria en el norte de la isla. Ambos grupos son redes que dependen exclusivamente del apoyo, las donaciones y la energía de las y los activistas.
- **Organizaciones de búsqueda y rescate.** Algo menos de 25 kilómetros separan Turquía de la costa griega de Lesbos. Sin embargo, entre finales de 2015 y buena parte de 2016 se convirtieron en los kilómetros más peligrosos y mortales del mundo. La precariedad de las embarcaciones y la afluencia de los trayectos convirtió a esta parte del Egeo en una trampa mortal para miles de personas que huían de la guerra y la miseria. La guardia costera griega se mostró incapaz de atender a las miles de personas que llegaban diariamente a Lesbos. En ese vacío surgió un inédito conglomerado de organizaciones nuevas conformadas por profesionales de la búsqueda y el rescate. Quizás los dos casos más conocidos son los de los socorristas catalanes de Proactiva Open Arms y la de los bomberos sevillanos de Proem-Aid. Sobre su particularidad hablaremos más adelante en el texto.

El caso de Berkosovo es mucho menos conocido que el de Lesbos y apenas duró dos meses como punto caliente en la ruta de los Balcanes. Pero tiene el interés de que

dejó de ser una desconocida frontera entre Serbia y Croacia para convertirse, primero por el cierre de la frontera húngara y después por los cierres escalonados y puntuales de las fronteras austriaca, eslovena y croata, en un verdadero tapón a pequeña escala de lo que luego supuso Idomeni. Además, en Berkosovo ya vemos emerger un nuevo tipo de activismo que dista del visto en Lesbos. En esta frontera húngara destacaron las y los activistas auto-organizados procedentes de las redes de Welcome Refugees de Alemania y, sobre todo, de la República Checa. Este último grupo, cuyos petos naranjas y amarillos parecían omnipresentes, conformaban un numeroso colectivo auto-organizado de personas voluntarias escandalizadas por las declaraciones islamófobas y xenófobas de su propio gobierno y decididas a demostrar que no representaban el sentir de una parte importante del pueblo checo. El Gobierno serbio estuvo a punto de prohibirles operar en la frontera por tratarse de un colectivo sin una organización registrada detrás. Finalmente, la Cruz Roja serbia les dio cobertura legal. A este colectivo se le sumaron voluntarios y activistas de diversos países, organizándose en una asamblea diaria para coordinar cómo sostener la precaria situación de ese punto caliente, actuando en la práctica como la principal institución de aquel improvisado campamento de tránsito de migrantes, coordinando la ayuda humanitaria que llegaba, pero también la comunicación con la policía croata cuando los recurrentes cierres de su frontera formaban embudos humanos.

El embudo de Idomeni. De los campos de refugiados auto-organizados a los campos militares

El cierre escalonado de la llamada “ruta de los Balcanes occidentales” tras el acuerdo de la UE con Turquía, convirtió el norte de Grecia en un embudo humano formado por una constelación de asentamientos temporales sumamente precarios a lo largo de la carretera hacia Macedonia. Entre todos destacó Idomeni, el más populoso de los campamentos de refugiados, en el que llegaron a malvivir algo más de 12.000 personas. Una situación tan grave que motivó que la Comisión Europea anunciara el primer plan de emergencia humanitaria en suelo europeo, un hecho sin precedentes en la historia de la UE.

Los pequeños asentamientos en la periferia de Idomeni fluctuaron en tamaño y ubicación según las semanas, en muchos casos como consecuencia de falsas informaciones sobre supuestas aperturas de la frontera. La ansiedad de las y los refugiados por salir de Grecia era tal que cualquier rumor corría como la pólvora y motivaba su desplazamiento hacia la carretera. Esto generó una creciente proliferación de campamentos improvisados y ultra-temporales a lo largo de la ruta, a cada cual más precario y caduco.

Los rumores y las falsas informaciones no solo aumentaban la confusión y frustración entre las y los refugiados, sino que también dificultaba enormemente el trabajo sobre el terreno de las y los voluntarios. Esto propició que, Idomeni, uno de los campamentos con mayor afluencia, se convirtiese *de facto* en punto de información. Allí se podía consultar desde un mapa del campamento hasta las últimas noticias, pasando

por recursos legales o incluso mantener una entrevista de asesoría de asilo vía Skype.

En el campamento de Idomeni convivieron diferentes nacionalidades que se repartían por el espacio como se de barrios de una ciudad se tratase. Pero también convivían maneras muy distintas de entender la ayuda humanitaria y/o la cooperación internacional. Desde las grandes ONG hasta las pequeñas asociaciones, pasando por las redes de voluntarios y activistas auto-organizados. Uno de los coordinadores de voluntarios de Idomeni siempre nos repetía que cuando ni el gobierno ni las ONG habían llegado, ellos llevaban varios días sobre el terreno. Una intervención ágil y sin apenas recursos económicos que llegaban vía donaciones por micromecenazgo, en una relación directa entre el “donante” y el “beneficiario”, posibilitados por unos costes de mantenimiento de estructura casi inexistentes.

De esta forma, muchos proyectos, como el centro cultural del campo de Idomeni, que también hacía las veces de escuela infantil, la instalación de unos toldos o la compra de una carpa, eran sufragados directamente por microdonaciones canalizadas a través de plataformas digitales y publicitadas por las redes sociales. Un modelo de financiación que recuerda, por su acción de base y su cercanía, a las cajas de resistencia obreras de principios del siglo XX con un toque 2.0, y que convierte la financiación de la ayuda humanitaria en un hecho político en sí mismo. Y el cambio de escala no ha implicado grandes cambios en este campo. Incluso hoy en día organizaciones humanitarias de rescate en el Mediterráneo como Pro Activa Open Arms, que nacieron en las costas de Lesbos con una lancha motora y que hoy cuentan con varios millones de euros de presupuesto, siguen basándose en la auto-financiación en base a donaciones fundamentalmente a través de internet y las redes sociales.

A finales de mayo de 2016 Idomeni era desmantelado y sus ocupantes trasladados a campamentos militares donde las organizaciones o colectivos de activistas y voluntarios tenían prohibida la entrada. Solo las ONG acríicas con el Gobierno griego y la política migratoria de la UE recibieron acceso. El cierre de las fronteras y el desmantelamiento del campamento de Idomeni no solo supuso el fin de la llamada “ruta de los Balcanes occidentales” y el desplazamiento del grueso de los flujos migratorio hacia las rutas del Mediterráneo central e Italia, sino también un fin de ciclo para ese nuevo activismo humanitario focalizado en la atención y activismo de frontera que, tras el acuerdo UE-Turquía y el cierre de Idomeni, se vio obligado a reinventarse.

En ese proceso de reinención, encontramos por un lado los proyectos permanentes de atención a migrantes y refugiados, fundamentalmente en Grecia y en menor medida en Serbia, donde colectivos de voluntarios se transformaron en asociaciones y empezaron a trabajar de manera más estable con población local. Un ejemplo de ello es Himaya, una asociación nacida de la experiencia de Idomeni y que alquila pisos para alojar familias especialmente vulnerables que no eran atendidas adecuadamente en los campamentos militares. Para ello buscan padrinos o donantes que sufraguen los alquileres, los suministros y la manutención de las familias que residen en los pisos. Pero en esa mutación activista motivada por el cierre de la ruta de los Balcanes, también florecieron otras iniciativas como los campamentos de refugiados que, a pesar de depender formalmente de un campamento militar, intentaron mantener

un cierto cariz autogestionado a través de voluntariado local e internacional, como fue el caso de los campamentos de Veria y de Oynofita. En fin, una tercera mutación fue el conocido traslado de la actividad de las organizaciones de búsqueda y rescate hacia el Mediterráneo central, para lo cual tuvieron que emprender un costoso proceso de reciclaje y adaptación a una realidad de salvamento mucho más compleja y peligrosa, sin por ello perder su cariz independiente fruto de una financiación exclusiva vía aportaciones voluntarias.

Activistas humanitarios en ciudad

Casi de forma paralela al inicio y desarrollo del activismo humanitario de frontera antes descrito, la llegada de miles de solicitantes de asilo a las ciudades de Centroeuropa generó una serie de movimientos de reacción ante la “urgencia humanitaria” que muchas vecinas y vecinos se encontraron en sus propias plazas. Desde el barrio de Moabit en Berlín a los centros sociales ocupados en Atenas, pasando por campamentos de refugiados urbanos como el del centro de Bruselas. La mayoría de plataformas o colectivos de ayuda humanitaria en las ciudades fueron impulsados inicialmente por personas con militancia previa, si bien rápidamente se masificaron y los militantes se convirtieron en una minoría, al menos durante el segundo semestre de 2015, momento de mayor auge. Para poder analizar este modelo de activismo humanitario hemos escogido dos ejemplos dispares geográficamente pero paradigmáticos de dos tipos de activismo humanitario: Bruselas y Atenas.

- Bruselas

Durante los meses de septiembre a diciembre de 2015 se creó un campo de refugiados en el mismo centro financiero de Bruselas. La imagen no podía ser más paradigmática de la situación que atravesaba Europa: cientos de migrantes viviendo en un improvisado campamento, sin apoyo de las instituciones y con el único respaldo de la ciudadanía local, mientras esperan a que se resolvieran sus peticiones de asilo en el edificio ministerial situado justo en frente, rodeado de rascacielos que conforman esta city financiera. Un campamento situado a escasos kilómetros de las sedes del Parlamento y la Comisión Europea.

Pero afortunadamente Europa no es solo la UE, esta UE. También son las y los voluntarios de la plataforma ciudadana Refugiados Bienvenidos o los integrantes de la Coordinadora de Organizaciones de Sin Papeles que durante meses dieron vida a este campamento. Y que, desde el primer día, se encargaron de la intendencia de la cocina y del comedor gratuito de un campamento, de la enfermería, una despensa, un almacén de ropa y material para los refugiados donado por los vecinos de la zona e incluso una escuela improvisada donde algunos profesores de escuelas de los alrededores llevaron a sus alumnos a modo de intercambio oficioso con los niños y niñas del campo. Porque no hacen falta becas Erasmus para que la solidaridad de los de abajo se ponga en marcha.

Un campamento donde personas anónimas organizaron respuestas allí donde las instituciones públicas no aparecieron, no por falta de recursos, como pretendieron

hacernos creer, sino por falta de voluntad política. A pesar de que apenas duró un par de meses, la experiencia supuso un buen ejemplo de auto-organización ciudadana que permitió atender permanentemente y a diario a algo más de 1.000 personas. En una confluencia muy interesante entre, por un lado, las redes preexistentes de la Coordinadora de Sin Papeles y las organizaciones de apoyo a las personas migrantes y, por otro, una marea ciudadana de gente solidaria que tuvo en aquel campamento su primera toma de contacto con el activismo social. De aquella experiencia nació la “cocina belga”, un colectivo que, una vez terminó el campamento de Bruselas, trasladó su actividad a la *Jungla* de Calais, el que entonces era el campamento de migrantes más grande de Europa, para continuar su labor social hasta el desalojo final en octubre de 2016.

- **Atenas**

Atenas ha sido uno de los centros de recepción de refugiados y migrantes más importantes de Europa desde principios de 2015, dada su naturaleza de puerta de entrada en la península desde las islas. Hasta el cierre de la ruta de los Balcanes, Atenas había sido una importante ciudad de paso, pero a partir de marzo de 2016 se convirtió en un espacio de recepción permanente. Floreciendo numerosos proyectos autogestionados de ayuda a refugiados en la capital griega que se han ido nutriendo de centros ocupados, funcionando a partir de donaciones y de voluntarios griegos y foráneos, entre los que se cuenta un destacable número de españoles.

Si bien es cierto que la ocupación de edificios como centros sociales y de viviendas para migrantes no es un fenómeno nuevo en Grecia, desde 2016 su número ha aumentado exponencialmente. Entre estos nuevos centros sociales ocupados destaca el City Plaza, un hotel ateniense, construido para los Juegos Olímpicos de 2004, abandonado desde 2009, ocupado en 2016 por Refugee Accommodation and Solidarity Space y que hoy aloja a 400 personas refugiadas, la mitad de ellas menores de edad. El City Plaza está autogestionado y organizado gracias a la constante colaboración entre huéspedes, activistas y voluntarios procedentes de más de 30 países, generando así un espacio de cooperación entre migrantes refugiados y voluntarios. Diariamente se celebran asambleas en el comedor principal para asignar las tareas de comida, limpieza y seguridad, así como planificar las diferentes actividades, desde clases de inglés y griego a excursiones por la ciudad.

La difícil convivencia con organizaciones humanitarias establecidas

Como ya hemos señalado, tanto en los campamentos de frontera como en los situados en otros lugares, convivieron diferentes maneras de entender la ayuda humanitaria y la cooperación, así como organizaciones muy dispares en las que cristalizaban cada uno de estos enfoques. Desde las grandes ONG y agencias hasta las pequeñas asociaciones y las redes informales de voluntarios y activistas auto-organizados. En un primer momento, las ONG y agencias humanitarias que ya se encontraban sobre el terreno fueron muy reacias a colaborar con los nuevos

movimientos ciudadanos. Sin embargo, la cruda realidad del trabajo de campo obligó a reconocerse mutuamente y a que las primeras reconocieran a estos últimos como un actor decisivo en la ayuda humanitaria con quien compartir tareas y protagonismos.

En Grecia y en la ruta de los Balcanes, ACNUR pidió a las y los voluntarios que se encargasen de “promover” entre las personas migrantes con las que trabajaban en el terreno las nuevas medidas sobre políticas de asilo o de reubicación, o directamente que les convencieran de ir a los campamentos militares. La mayoría de las y los voluntarios se negaron a colaborar, criticando que aquello supondría un apoyo implícito a las mismas políticas que denunciaban. Algo similar ocurrió en Calais durante el desmantelamiento de la Jungla. “Convenciéndoles de que abandonen el campo voluntariamente, ¿acaso no estaríamos haciendo el trabajo sucio del Estado que les expulsa?” era la pregunta que sobrevolaba las asambleas de activistas. En Grande-Synthe, donde el Estado se había opuesto a la construcción de un campamento por parte de MSF, contribuir al traslado no produjo en cambio esa misma tensión en los voluntarios, debido a esa oposición del actor político.

La difícil convivencia con movimientos sociales previos

Pero estas nuevas formas de activismo y los colectivos de solidaridad surgidos durante la mal llamada “crisis de las personas refugiadas” también tuvieron que convivir con los movimientos previamente existentes que ya intervenían en ese mismo campo. Pero todos ellos tuvieron que debatirse entre lo urgente y lo importante, entre la asistencia inmediata a la que obligan desesperadas situaciones de la vida cotidiana y el reclamo más pausado y profundo del derecho universal a encontrar protección internacional que compete a estas personas. Dos vertientes diferenciadas que no siempre aparecen claramente separadas pero que, al colisionar, generan confusión y siembran dudas sobre el carácter más o menos político o asistencial de lo que se está haciendo. Viejos dilemas que estos años han vuelto a ponerse sobre la mesa por enésima vez, atravesando a viejos y nuevos grupos movilizados, y creando tensiones que sólo el transcurrir de la acción y el debate continuado, autocrítico y reflexivo, van disipando.

Es posible sin embargo esbozar dos perfiles en la acción ciudadana de ayuda a las personas en búsqueda de asilo y refugio. El primero tiene que ver con la acción directa. Esto es, la ayuda directa, práctica y concreta a las y los migrantes, ya sea a través del salvamento marítimo o de la distribución de ropa o alimentos *in situ*. El segundo tiene más que ver con una acción indirecta, más centrada en la difusión de informaciones, tanto prácticas como de denuncia política. A lo largo de 2015, coincidiendo con el nacimiento y masividad del movimiento de solidaridad con las y los refugiados, las relaciones entre estas dos formas de entender el activismo fueron bastante complejas en la mayoría de los casos.

El 27 y 28 de septiembre de 2015 tuvo lugar en Bruselas un primer encuentro de iniciativas ciudadanas de diferentes países europeos. La necesidad de este encuentro nació de la primera asamblea general de la Plataforma Ciudadana de Ayuda a los Refugiados de Bruselas, en la que se constituyó un grupo de trabajo de solidaridad que

tenía como objetivo trabajar en la conexión de estas iniciativas a través de Europa. En este encuentro de asambleas o plataformas de acción directa ciudadana estaban presentes, entre otros, Baobab de Roma, Moabit de Berlín, miembros de colectivos de Munich y de Migration Aid de Budapest y también los organizadores de las marchas “Refugees welcome” que reunieron a millares de personas de Londres a Copenhague.

Las redes sociales como mecanismo de coordinación

Estos nuevos sujetos políticos de la acción humanitaria se coordinan a través de las redes sociales, que conforman un canal de información prácticamente al momento sobre la situación y necesidades en cada frontera, campamento o punto de conflicto. Este mecanismo horizontal y participado de información permite a las y los activistas una mayor movilidad y detección de necesidades que los organismos tradicionales de ayuda humanitaria. Un mecanismo de comunicación que ya se ensayó con éxito en las primaveras árabes, el 15-M o Nuit Debout.

En este contexto nació una de las páginas de Facebook que durante meses desempeñó un papel principal a la hora de recopilar información a lo largo de las rutas migratorias que cruzaban Europa. "Are you Syrious", un grupo activista con base en Croacia que recopilaba y colgaba cada día las informaciones del terreno de las y los voluntarios a lo largo de toda la ruta, desde la falta de alimentos en un campo a un cambio de legislación con impacto sobre los refugiados. Desde el principio surgieron diferentes herramientas de coordinación dentro de las redes sociales que intentaban cubrir las necesidades de los propios voluntarios, como fue el caso, por ejemplo, de "refugee map" en Google Maps para geolocalizar los campos de tránsito y dar las últimas informaciones sobre la situación en cada uno de ellos.

Criminalización de la ayuda humanitaria

A pesar del trabajo solidario de las y los voluntarios, la mayoría de los Estados de la ruta de los Balcanes han tratado a los activistas como sospechosos o alborotadores, cuando no algo mucho peor. La primera es mostrarse abiertamente beligerante fue Hungría. Su primer ministro, Viktor Orbán, declaró en pleno cierre de las fronteras de su país que: “Esta invasión (de migrantes) está motivada, por un lado, por traficantes de personas y, por otro lado, por activistas (pro derechos humanos), que apoyan cualquier cosa que debilite a los Estados”.

Los gobiernos de Macedonia, Serbia y Croacia exigieron a las y los voluntarios que, para poder aportar ayuda humanitaria, se inscribieran en una ONG autorizada por el gobierno correspondiente, en un intento de acabar con los colectivos auto-organizados que operaban en las fronteras y en la ciudad de Belgrado, y llegando a detener a varios activistas como aviso. Grecia sin embargo se mantuvo por largo tiempo como excepción a la regla a causa de las enormes necesidades que sufría y la ausencia de recursos humanos del gobierno para coordinar la ayuda humanitaria, dadas las severas medidas de austeridad que padecía el país.

Pero aquello no duró mucho y los casos de persecución o criminalización de activistas también llegaron a Grecia. Quizás el caso más conocido es el de PROEM-AID en Lesbos. El mar que separa Grecia de Turquía es una zona de disputa territorial, por lo que está formalmente prohibido sacar barcos de salvamento sin provocar algún “incidente” conocido. En Lesbos, los activistas de ONG tales como MSF o los equipos de salvamento españoles como Proactiva o PROEM-AID, sólo pueden sacar los barcos con la autorización de los guardacostas griegos; identificados y si se les señala un incidente. PROEM-AID no esperó la autorización ya que había urgencia de salvamento, y la policía griega detuvo a sus miembros, situación que desencadenó una movilización masiva de apoyo en las redes sociales por el hecho de criminalizar a ciudadanos activistas humanitarios. También en Idomeni semanas antes del desalojo del campo de refugiados, decenas de activistas fueron detenidos por las autoridades griega que les acusaban de organizar a las y los refugiados para oponerse a su traslado a los campamentos militares.

El episodio más reciente de criminalización de la ayuda humanitaria ha sido la persecución a las organizaciones de búsqueda y rescate en el Mediterráneo central. Señalados en primer lugar por Frontex como “colaboradores necesarios” de los traficantes de personas, fueron luego perseguidos por la fiscalía de Trapani, como fue el caso de la ONG alemana Jugend Rettet, que dos días después de negarse a firmar el código de conducta con el que Italia pretendía controlar las operaciones de rescate de las ONG, su nave, Iuventa, fue confiscada por las autoridades en el marco de una investigación sobre el tráfico de personas. Así mismo, los supuestos guardacostas libios (financiados por la UE e Italia) tirotearon varias veces a los barcos de Proactiva Open Arms en el Mediterráneo central en agosto de 2017.

Como explicó en una entrevista el relator especial de la ONU sobre la situación de las y los defensores de derechos humanos, Michel Forst, la criminalización que sufren estos activistas “es un fenómeno global que tiene que ver con el cierre de las fronteras y con los ataques contra las personas migrantes, vistas como «invasoras»”. Se quiere acallar así a los colectivos que se erigen en miradas molestas, auténticos transmisores de información alternativa a la versión oficial, que han hecho de las redes sociales el canal informativo más importante para dejar al descubierto la barbarie europea.

Conclusión

Muchos voluntarios mantuvieron reticencias a “politizar” su trabajo humanitario, si bien el cierre paulatino de las fronteras europeas fue demostrando que esta es una disputa no tanto humanitaria, sino claramente política, donde lo que está en disputa es el propio concepto de Europa. Según la activista italiana Caterina Amicucci, el movimiento de solidaridad con los refugiados

no es algo separado de lo que ha surgido a partir de los movimientos sociales de 2011, sino que se trata, en un marco más general, de nuevas formas de relacionarse y de actuar, caracterizadas por la fluidez, la participación en primera persona, la horizontalidad y el

rechazo a estructuras pesadas y a jerarquías. Es algo que se ha estado viendo en muchos ámbitos, de alguna manera es un proceso en el que movimientos políticos y de solidaridad están creando otras maneras de funcionar.

Una disputa de Europa que se está librando ahora mismo en la *Frontera Sur* de Ceuta y Melilla, como se disputó en el campo de refugiados de Idomeni, entre diferentes modelos de gestión de crisis humanitaria: la militar/securitaria o la social civil/auto-organizada. La solidaridad que vimos en las fronteras, las estaciones de tren, las islas griegas o los barrios de las ciudades debe dar paso a un movimiento que pueda convertir esta solidaridad en derechos, unos derechos que conformen una nueva Europa.

Una muestra de esperanza y un potencial fundamental que, sin embargo, no debería hacernos olvidar que con la solidaridad no basta. Para evitar permanecer en posiciones reactivas, asistencialistas y parcheando una herida cada vez más sangrante, hay que trabajar también en otra línea complementaria y de mayor aliento. En primer lugar, darle forma de legalidad alternativa a esa legitimidad solidaria y de acogida que se levanta frente al odio y la exclusión para, a partir de ahí, construir institucionalidad contra-hegemónica. Y, en segundo lugar, resulta indispensable mejorar la correlación de fuerzas actualmente existente para que esos cambios normativos e institucionales, si llegasen a producirse sobre el papel, se aplicasen realmente en la práctica y de forma vinculante, no quedándose en papel mojado.